

ÁNGELA PERALTA

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

Noviembre 2006

PERSONAJES:

ÁNGELA PERALTA

ARNOLDO RONSEGUI LIMA: INVESTIGADOR TEATRAL. ESTE PERSONAJE SE TRANSFORMARÁ EN VARIOS QUE SE IRÁN INDICANDO DURANTE LA OBRA. SERÁ EUGENIO CASTERA, SU PRIMER MARIDO. EN UN MOMENTO ENCARNARÁ A DON AGUSTÍN BALDERAS, A DON CARLO, A IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, A JULIÁN MONTIEL Y DUARTE, A UN HOMBRE DEL PÚBLICO, A UN PERIODISTA.

ALEJANDRA ISABEL: AMIGA. TAMBIÉN TENDRÁ OTROS PAPELES: MADRE. JUEZ. MUJER DE PÚBLICO. TODOS SE IRÁN INDICANDO.

EN CASO DE POSIBILIDAD APARECERÁN TODOS LOS PERSONAJES NOMBRADOS EN LA OBRA SIN NECESIDAD DE DOBLARLOS COMO SE PROPONE.

ÉPOCA: NO EXISTE UNA ÉPOCA MARCADA. PUEDE SER A MEDIADOS DEL SIGLO XX.

ESCENOGRAFIA: MARCO ELABORADO, DORADO, CON UNA TELA NEGRA ATRÁS. ES DEL TAMAÑO DE UNA PERSONA. DOS SILLAS CON UNA MESA QUE HAGA JUEGO COLOCADAS SOBRE UNA ALFOMBRA FINA. ALGUNA MESA LATERAL CON UN CANDELABRO. PUEDE EXISTIR UNA PEQUEÑA CANTINA CON LICORES. EXISTE TAMBIÉN UN ESPEJO GRANDE. EN OTRA ÁREA UN SOFÁ Y DOS SILLONES CON SU MESITA DE CENTRO.

Ángela Peralta vestirá con un elegante vestido del siglo XIX. Será negro o bien oscuro. Su peinado, alhajas y demás estarán de acuerdo a este traje. Tendrá un abanico que utilizará durante toda la obra. Así se presentará dentro del marco como si fuera una pintura al abrirse el telón. No cambiará de vestuario en toda la obra.

Arnoldo Ronseguí Lima usará un traje conservador que pueda corresponder a una persona de finales del siglo XX. En sus otros personajes utilizará ropa adecuada a ellos.

Alejandra Isabel utilizará trajes adecuados a su personaje, todos serán del siglo XIX.

Para el cambio de personajes bastará algún aditamento como puede ser un sombrero o un bastón en el hombre, alguna mantilla o peluca en caso de la mujer.

Antes de abrirse el telón se escuchará una aria cantada por María Callas. Puede ser “Bel raggio lusinghier” de la ópera Semiramide de G. Rossini. El resto de las arias las cantará también esta misma soprano. En caso de

utilizar a otra soprano (en grabación) siempre tendrá que ser la misma en toda la obra. Lo ideal es que una soprano sea la que interprete a la cantante en vivo. En este caso ella escogerá las arias que vayan con su tesitura pero que correspondan a la época.

Al abrirse el telón vemos a Arnoldo que escribe en una libreta grande con pastas. Se continúa escuchando la misma aria de ópera que se escuchó antes de abrirse el telón durante un largo momento. Las luces iluminarán el fondo donde aparece, enmarcado, el cuerpo completo de Ángela Peralta. Arnoldo se pone de pie con dificultad, se acerca al cuadro. Se prepara para escribir.

Durante la obra habrán varios oscuros. En ellos siempre se escucharán arias de ópera. En ningún caso habrá silencio durante ellos.

ARNOLDO.- Me quiere repetir su nombre, por favor.

ÁNGELA.- Ángela Peralta.

ARNOLDO.- No, ése no.

ÁNGELA: Así me llamo.

ARNOLDO: El completo.

ÁNGELA: (*Ríe*) Es demasiado largo y feo. Casi tanto como yo.

ARNOLDO: Usted es una mujer bella.

ÁNGELA: En este cuadro me veo menos fea de lo que soy. Imagínese, chaparra, prieta, con ojos saltones, miope, nariz como pelota, cuello corto y gorda para terminar. Jamás puede adelgazar por más que le hice. Y así dice usted que soy una mujer bella. Es usted un hombre muy gentil.

ARNOLDO: Yo veo la belleza interior de las personas y usted es una persona sumamente bella.

ÁNGELA: Gracias una vez más.

ARNOLDO: Ahora me puede decir su nombre.

ÁNGELA: Si usted insiste. Pero prométame no reírse.

ARNOLDO: Sería yo incapaz.

ÁNGELA: Ahí le va. Mi nombre completo es (*Ríe*) María de los Angeles Manuela Tranquiliza Cirila Efrena Peralta Castera. Jamás he sabido el por qué de esos nombres. Tranquiliza, yo que he sido una mujer inquieta. Cirila me suena a un cirio blanco y yo, ya se lo dije, soy prieta. Efrena me suena... horrible. ¿Se imagina el programa de la opera anunciando a la famosa cantante mexicana María de los Angeles Manuela Tranquiliza Cirila Efrena Peralta? No hubiera ido un solo asistente.

ARNOLDO: En la época en que usted nació es lo que se acostumbraba.

ÁNGELA: Nací en 1845, aquí, en la capital.

ARNOLDO: El 6 de julio de ese año. Ese dato ya lo tengo. En el horóscopo usted es...

ÁNGELA: Ni lo diga, jamás he creído en eso ni en muchas otras cosas.

ARNOLDO: Como qué.

ÁNGELA: Ya se irá usted enterando.

ARNOLDO: Según tengo entendido su carrera como cantante empezó siendo usted muy niña.

ÁNGELA: Un dato equivocado. Sí cantaba desde niña, siempre me gustó y siempre lo hice bien. Pero de niña no estudié para eso. ¿Sabe lo que hacía yo de niña?

ARNOLDO: Me imagino que lo que hacen todos los niños: estudiar, jugar, crecer.

ÁNGELA: Pues yo ni estudié, ni jugué y tampoco crecí. Eso hubiera yo querido. Me quedé chaparra.

ARNOLDO.- Cómo que no estudió.

ÁNGELA: De niña trabajé.

ARNOLDO: ¿Trabajó? ¿De qué pudo trabajar?

ÁNGELA: Se va usted a desmayar pues ha de pensar, como muchos, que soy y que siempre he sido una mujer rica. De niña trabajé de sirvienta para ayudar a los gastos de la casa. No fue mucho tiempo pero lo hice. Después mi padre consiguió un mejor puesto y entonces sí pude ir a la primaria.

ARNOLDO: Regresemos al nombre.

ÁNGELA: Se ve que le divirtió.

ARNOLDO: Quiero hablar de sus sobrenombres. Tuvo usted varios.

ÁNGELA: El que más me gusta es el que me pusieron en España: El ruiseñor mexicano. Eso he querido ser siempre, una ave para poder volar e ir a todos lados. Lo de mexicana es algo que me llena de honor. Jamás dejé de lado a mi patria así viviera en otros países.

ARNOLDO: También la han llamado, en Italia, Angélica di voce e di nome. Ángel de voz y de nombre.

ÁNGELA: Ángela, no ángel. Ya sé que parezco hombre por tosca pero soy mujer.

ARNOLDO: Perdón.

ÁNGELA: Perdón le voy yo a pedir ya que desgraciadamente tengo que arreglarme. ¿Le parece bien continuar con la entrevista en otra fecha?

ARNOLDO: Lo que usted ordene.

(Arnoldo, después de hacer una reverencia, se retira. Ángela baja del marco. Se va a ver a un espejo grande. Modela)

ÁNGELA: Es curioso. Veo mis ojos y veo que son espantosos, veo mi cuello y lo es también. Veo mi cuerpo y quisiera ser ciega para no ver sus deformidades. Me veo completa y tengo que reconocer que si fuera hombre saldría corriendo. Pero me gusto. Será porque ya me conozco. Una cosa muy vista deja de ser fea o hermosa, simplemente ahí está y es parte del mundo. Si me preguntan cómo es la iglesia de mi colonia o la calle donde

caminé toda mi niñez no sabría que contestar. Les diría lo mismo: que allá están. Mi familia ahí está, mi ciudad ahí está, todo ahí está y si están es porque hacen falta, porque son necesarias, no porque sean hermosas o adefesios. Una mujer puede ser bella por tener unos ojos grandes, otra por su pelo, una más por sus delicadas manos. ¿No seré yo bella por tener una voz incomparable? Debo serlo. Pero parece que no, la voz no se ve, sólo se escucha y la gente juzga por lo que mira. Cuántas veces no me hicieron el feo aquí en mi país y en el extranjero. Nunca lo oí pero estoy segura que decían: “¿Y esta mujer tan fea quiere ser la heroína de Traviata o de Tosca o de La Sonámbula? No me puedo imaginar a un tenor enamorándose de ella. Es de dar pena”. No, no lo decían pero lo reflejaban sus miradas, con su actitud de lástima para conmigo o su desprecio. Eso desaparecía, por supuesto, cuando me oían cantar. Pero ya me habían lastimado. Por eso me he llenado de riquezas, de grandes y costosos vestidos, de muebles, de joyas. Siguen diciéndome fea pero todas me envidian.

(Entra Alejandra Isabel, es una mujer alegre)

ALEJANDRA ISABEL.- No todas, yo ni te envidio ni te veo fea, ya te lo he dicho mil veces pero parece que a ti te gusta decirlo.

ÁNGELA.- Lo digo porque así es.

ALEJANDRA ISABEL.- A mí no me hubiera importado ser deforme, con una nariz como chango, con ojos chiquititos, con el pelo de escoba, con joroba, con pies chuecos, plana de pecho y con nalgas gigantes si tuviera la mitad de tu voz. Y tú te quejas sólo por tener un poco saltones los ojos.

ÁNGELA.- Y por mi gordura y...

ALEJANDRA ISABEL.- Ya déjalo ¿no? Un día el cielo te va a castigar y te va a quitar la voz. Ya con eso deberías estar más que orgullosa.

ÁNGELA: Lo estoy, amiga. Pero la realidad es que me gusta soñar ¿o no tengo derecho? Soñar que un joven bello se acerque a mí y me diga: “ es usted tan hermosa que al verla desaparece el cielo, la luz y las flores. Usted es el cielo, la luz y las flores”

ALEJANDRA ISABEL: A ti te han comparado con un ruiseñor, te han dicho que eres un ángel y mil cosas más. ¿Cuántos versos no te han hecho, cuántos hombres no se han inclinado ante ti y te han besado la mano? Me sé hasta un verso que te dedicó Don Justo Sierra.

“Va con ella el alma entera
Y el laurel, humilde don...
Sencilla ofrenda...sincera...
Tú sabes. Ave viajera,
Que es un mundo de corazón.

Vuelve tu canto al Oriente,
Tu Patria, no tiene olvido,
Ángela Peralta de Castera

lleva su nombre en tu mente
y la corona en su frente
y el corazón en su nido”

ÁNGELA.- También yo lo sé de memoria, pero nunca lo digo.

ALEJANDRA ISABEL.- Ya quisiera yo...

ÁNGELA: Aún me falta el joven bello.

ALEJANDRA ISABEL: Ya vendrá, todo a su tiempo.

ÁNGELA.- Jamás vendrá, lo sé, y tú que eres mi mejor amiga también los sabes.

ALEJANDRA ISABEL.- Mejor vamos a practicar. Maestro, nos quiere acompañar La Barcarola de Offenbach.

Cantan. Al terminar Alejandra Isabel pregunta al músico.

ALEJANDRA ISABEL: Maestro, ¿qué tal lo hice?

MAESTRO : Pésimo.

ALEJANDRA ISABEL.- ¿Qué dijo maestro? ¿Pesimo?

MAESTRO.- Sí, pésimo.

ALEJANDRA ISABEL.- Nunca me ha gustado que me critiquen, mejor voy a ir a ver a tu mamá.

ÁNGELA: Alejandra Isabel, él está jugando. *(Ríe)*

(Se hace un oscuro. Se ilumina el escenario. Ángela está sola peinándose frente al tocador. Aparece Eugenio Castera, su primo hermano. Trae un pequeño bouquet de flores)

EUGENIO: Para la mujer más bella de México y sus alrededores.

ÁNGELA: No te burles, primo.

EUGENIO.- Yo así te veo.

ÁNGELA: Pues urge que vayas a que te hagan unos espejuelos.

EUGENIO: Veo bien y oigo bien. ¿Tú eres la que cantaba?

ÁNGELA: Sí, por qué.

EUGENIO: Cantas divino.

ÁNGELA: Esto sí te lo creo, gracias por las flores

EUGENIO.- Me invitaron a una boda, ¿quieres ir conmigo? Podemos bailar un poco.

ÁNGELA.- Eso del baile no se me da. Pídeme que te toque el piano, el arpa o que te cante. Pero pedirme que baile...

EUGENIO: Si cantas tan bien y lo mismo haces con el piano y el arpa, por fuerza tienes que bailar igual. Todo es música, todo es ritmo.

ÁNGELA: Invita a otra. A Lucrecia, por ejemplo. Está buscando novio. Ya cumplió los veinte años y se siente quedada.

EUGENIO.- La que me interesa eres tú. Ya te lo he dicho.

ÁNGELA: ¿Lo dices en serio?

EUGENIO: ¿Acaso me estoy riendo?

ÁNGELA.- Sabes que esto es imposible.

EUGENIO: ¿ Por qué? Yo trabajo, puedo mantenerte.

ÁNGELA.- Por favor Pedro Eugenio. Recuerda que somos primos, primos hermanos.

EUGENIO: Somos un hombre y una mujer, y eso me basta.

ÁNGELA: Por favor...

EUGENIO: Ven, vamos a bailar.

ÁNGELA: Ya te dije que no sé.

EUGENIO: Ven, te voy a enseñar. Maestro, a ritmo de vals. Un, dos, tres. Un, dos, tres.

ÁNGELA: Te voy a pisar.

EUGENIO: No importa.

Eugenio se acerca a ella. La invita a bailar. Ángela se resiste. Al fin se levanta. Empiezan a bailar un vals que no se escucha. Lo hacen muy rígidos, con dificultad. Poco a poco se van relajando y acoplando. Terminan por gozar el baile. Sorpresivamente Eugenio la besa en la boca. Ella lo rechaza y lo aparta. Él sonrío. Vuelve a pedirle que baile con él. Ángela acepta. Ahora más que bailar se abrazan y se besan. Eugenio la conduce al sofá. Se va haciendo oscuro mientras él la acaricia. Se escucha con poco volumen el aria “Mio Bambino” que irá subiendo de volumen hasta llenar todo el espacio. Oscuro total.

Se escucha en el oscuro esa misma aria.

Al iluminarse el escenario Ángela Peralta está como retrato dentro del marco. En la salita bebe una copa Don Agustín Balderas, preceptor musical de Ángela cuando era niña.

DON AGUSTÍN.- Tus padres me nombraron preceptor musical tuyo y no quiero fallarles. Tú tienes una bella voz, y eso lo sabes, pero hay que trabajarla mucho. Otra cosa, no entiendo porque cuando viene alguien a escucharte te tienes que esconder. Hay un dicho muy vulgar pero que es cierto, “el que no enseña no vende”. Una vez me dijiste que no querías que te vieran porque eras fea. Las grandes cantantes de ópera normalmente son feas y gordas, lo mismo los tenores y no se diga de los barítonos o bajos. En la ópera lo que cuenta es la voz, no lo demás. Porque tú vas a ser cantante de ópera. Tu madre me dijo que si no sería mejor que cantaras música popular. ¡Nunca! Tú naciste para soprano. Recuerda el éxito que tuviste al cantar a los ocho años en tu escuela la cavatina de “Belisario” . ¿No te dio eso un enorme orgullo? ¿Piensas que alguna de tus compañeritas pudo haberlo hecho mejor o al menos igual que tú? ¿Verdad que no? No se sabe, ni creo que pueda saberse, el por qué algunas personas tienen algún don especial; la mayoría no tiene ninguno. Es un misterio, uno más entre todos los que existen. Yo, por más que dicen en los círculos musicales que soy un ser privilegiado, y te lo cito de memoria: “Don Agustín Balderas es la persona de esta ciudad que tiene mayores conocimientos musicales. Es un genio”, no lo soy. En mi caso no es un don. Bastante tiempo he estudiado para lograr esto. Son años y años de dedicación. En cambio tú, de la nada, sin hacer el menor esfuerzo, te brota una voz maravillosa. Los que

reciben cualquier don tienen la obligación de estudiar, de trabajar y hasta de sacrificarse para hacerlo lucir. Y tú lo vas a lograr. De eso me encargaré yo. Nada de fiestas, nada de paseos, nada de diversiones. ¡Trabajo y más trabajo! ¿Entendiste? ¿Entendiste Ángela Peralta?

Oscuro. Se escucha alguna aria de Carmen de Bizet. Al iluminarse el escenario vemos a Ángela cantando esa aria frente al espejo. Se separa de él, camina. Se ve que goza enormemente cantando. Es otra. Una luz cenital o alguna otra debe hacer resaltar su gozo interno, su luminosidad interior. Deja de cantar. Continúa unos segundos exaltada, poseída por la música.

ÁNGELA.- Esto debe ser el cielo, ningún otra cosa. No sentir el cuerpo, no escuchar lo que pasa alrededor de uno, volar, explotar como un volcán en ebullición, ser la niebla matutina, sumirse en las profundidades del mar, permanecer en un orgasmo eterno, tocar la oscuridad, ver a través de las paredes, de los cuerpos. Toda me vuelvo música, mis ojos están en la mayor, mi corazón en sí bemol, mis pensamientos en do, en do profundo. Amo en re y en mi, vivo en fa. Siento, siento como la música sube por mis pies, ahora está en mis piernas que no pueden moverse, entra a mi vientre, inunda el hígado y los riñones, en este momento ocupa todo mi tórax sin dejar un centímetro libre. Si me fusilaran por las heridas brotaría no sangre sino melodías para llenar todo el mundo. Mis pensamientos han olvidado todo, sólo recuerdan la música. ¿Dónde naciste? En el vals. ¿Cuántos años tienes? La duración de un concierto de Mozart. ¿Qué estudios has realizado? Opera, solamente ópera: Verdi, Bellini, Puccini, Bizet, Wagner, Rossini, Mozart, Ponchielli... ¿Quiénes son tus padres? Rigoletto y Lucía de Lamermour. Veo no con los ojos sino por medio de violines y pianos, oigo con sonidos de arpas y trompetas, respiro aires de tambores y flautas. Así quiero morir, siendo vals y ópera, sinfonía y canto, siendo

sonido de arpa y violín. ¡Dios mío! Permite que muera cantando, así no sentiré el cambio entre la vida y la eternidad, entre la gracia y el cielo. Es lo único que te pido.

Se va haciendo oscuro lentamente sobre la imagen de Ángela posesionada. Se escucha primero en bajo volumen para ir subiendo éste el aria de Traviata “Un di felice. Eterea” Desaparece poco a poco la música y en su lugar se escucha a Ángela conjugando verbos en italiano. Lo hace una vez y otra.

ÁNGELA.- (*En el oscuro anterior*) Io sono, tu sei, egli é, noi siamo, voi siete, essi sono.

Io ho, tu hai, egli ha, noi abbiamo, voi avete, essi hano.

Io sento, tu senti, egli sente, noi sentiamo, voi sentite, essi sentono.

(*Los repite*)

Al iluminarse el escenario la vemos sentada estudiando. Entra su madre.

MADRE.- Tanto repites esos verbos que yo soy la que voy a terminar hablando en italiano.

ÁNGELA.- Eso es fácil, difíciles son algunas palabras como todas estas que comienzan con ese: sbardellare, sbarramento, sbattacchiare, sbattezare y para qué sigo.

MADRE.- Yo de lenguas extranjeras sólo he aprendido a decir ora pro nobis y amén.

ÁNGELA: Imagínate, yo tengo que estudiar francés, alemán, italiano, inglés ...

MADRE.- Quiero hablar en serio dos cosas contigo. Una es el canto. Yo fui la primera que te entusiasmé a estudiar, la que hizo que tu padre

trabajara el doble para que te pagara maestros, la que más te ha aplaudido cuando has cantado en público. Pero también soy la primera que se da cuenta de que por el canto estás perdiendo tu niñez y tu juventud. Si no estás en la escuela estás encerrada en este cuarto estudiando lenguas, estudiando partituras, estudiando quién sabe cuántas cosas más. Tienes derecho como las demás muchachas a divertirte, a ir a fiestas, a tener novio. De mi vida, mi juventud es lo que más recuerdo, es la única época en que realmente fui feliz. Después me casé y vinieron las obligaciones que aún no terminan. No quiero que tú no tengas ese recuerdo cuando seas mayor. Si me dices que vas a dejar el canto lo aceptaré y te apoyaré. Creo que es lo mejor para ti.

ÁNGELA.- ¿No piensas, madre mía, que ya es tarde para que me digas eso? Mi padre espera mucho de mí, mi maestro también, y tú más que nadie. No me salgas ahora que deje esto. Si lo hago en unos cuantos días ya me estarás reclamando.

MADRE.- Tienes razón. Sí esperamos mucho de ti, no lo voy a negar. Pero...

ÁNGELA.- Dime mejor la siguiente cosa que me ibas a decir. Sólo dejaré de cantar en caso de enfermedad o cuando me muera.

MADRE.- No digas eso. Trae mala suerte.

ÁNGELA: En este país no es difícil morir por enfermedades, por hambrunas, por guerras, por robo. Ya ves el gobierno. Santa Ana no sé cuántas veces se ha nombrado presidente. Un día de estos viene una revolución y nos matan a todos.

MADRE: Te diré lo segundo, que me preocupa más que lo primero.

ÁNGELA.- ¿Más de que cante o deje de cantar? Debe ser algo tremendo.

MADRE: Lo es.

ÁNGELA: ¿Te vas a separar de mi padre o algo así?

MADRE: No tengo el menor motivo. Es un buen hombre.

ÁNGELA: Ya di lo que tengas que decir. Necesito estudiar.

MADRE: Se trata de Eugenio. Tu primo.

ÁNGELA: Qué con él.

MADRE: Me dijeron que tú...

ÁNGELA.- Y tú te crees todo lo que te dicen.

MADRE: Quiero oírlo de tus labios.

ÁNGELA.- ¿Qué cosa?

MADRE.- Que te ves con él, que sales con él, que te besas con él. ¿Es verdad?

ÁNGELA.- Sí.

MADRE.- Lo dices tan campante, como si te hubiera preguntado si desayunaste bien o algo parecido.

ÁNGELA.- ¿Cómo quieres que te lo diga?

MADRE.- Repito que es tu primo hermano.

ÁNGELA.- Ya lo sé...y no me importa.

MADRE: Existen muchos hombres para que escojas.

ÁNGELA: Ay, madre. Como se nota que tienes los ojos cerrados. Yo puedo escoger a mil hombres, pero da la maldita casualidad que ninguno de ellos va a aceptar venir conmigo. Soy fea, mamá. Entiéndelo.

MADRE.- Y Eugenio sí. Ese sí viene contigo.

ÁNGELA: Así es. Es el único al que le intereso, al que le gusto, y cuando no hay de otra se agarra lo que se presente así sea primo, hermano o lo que sea.

MADRE.- Tu padre también podría entrar en ese grupo.

ÁNGELA: A él no le gusto nada, ya me lo ha dicho. Él sabe que puedo triunfar como cantante y eso es lo que le interesa de mí.

MADRE.- Impediré que entre Eugenio a esta casa.

ÁNGELA.- Tú no impedirás nada. Si lo haces me voy a otro lado, puedo irme con él a vivir. ¿Eso te gustaría?

MADRE: Te vas a condenar.

Ángela se pone a cantar un momento “Una voce poco fa” de Rossini, como burla hacia la madre. Se hace oscuro.

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

Misma escenografía que en el acto anterior. Antes de abrir el telón se escucha una nueva aria, puede ser de Madame Butterfly. “Un Bel di vedremo” Será el final. Se escuchan aplausos calurosos y gritos de viva entusiastas.

Don Carlo, aristócrata italiano, espera la llegada de Ángela. Tiene un gran ramo de flores para entregárselo. Llega Ángela, Don Carlo le

aplaude. Ángela coqueta se acerca a él dándole la mano. Don Carlo se la besa.

DON CARLO.- Voi siete formidabile.

ÁNGELA.- Ya canté toda la ópera en italiano, así que prefiero que me hable en español.

DON CARLO.- “Sua voce” se formó para “maiórem dei gloriam”. Para la gloria de Dios.

ÁNGELA.- Gracias.

DON CARLO.- ¿Escuchó las ovaciones que le tributaron, los gritos de entusiasmo? “Vox populi, vox dei”.

ÁNGELA.- Todos son muy amables en este país.

DON CARLO.- No es amabilidad, es lo que usted se merece.

ÁNGELA.- Aquí hay grandes cantantes.

DON CARLO.- Nadie como usted. “Vera incessu patuit dea”. Por su andar se conoce a una diosa. Y usted es la diosa mayor del firmamento. “De facto” me puse a escribirle un poema, “Deo gratia” lo pude terminar. Aquí lo tiene. Perdone si no está a la altura de usted. Recuerde que el “spiritus promptus est, caro autem infirma”. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

ÁNGELA.- Me pone usted en un aprieto. No sé que contestar a tanta alabanza.

DON CARLO.- Son las que merece ¿o no piensa usted lo mismo?

ÁNGELA.- (*Riendo*) “Laus in ore proprio veliscet”. Las alabanzas en boca propia envilecen.

DON CARLO.- Me acaba de dar una estocada al corazón. Me lo merezco. Por vanidoso. “Vanita vanitatum et omnia vanitas”. Para retirarme quiero decirle que usted y su arte serán eternos.

ÁNGELA.- (*Riendo de nueva cuenta*) “Ars longa, vita brevis”. El arte es eterno, la vida es breve.

DON CARLO.- Beso sus pies, señora.

ÁNGELA.- Espero verlo pronto, gracias.

Se hace un nuevo oscuro. Se escucha el aria de “D’amore al dolce” de Armida de Rossini.

Al iluminarse el escenario vemos a Eugenio Castera, ya esposo de Ángela Peralta. Es de madrugada. Eugenio está desquiciado. Trata de escribir y no puede. Arroja la pluma al suelo, rompe los papeles, los esparce por el cuarto. Bebe una copa que se sirve. Aparece Ángela.

ÁNGELA: Ya pronto va a amanecer y tú no has dormido. Es necesario que lo hagas. Los médicos...

EUGENIO.- Los médicos no saben nada.

ÁNGELA.- Ellos se preocupan por ti, igual que yo.

EUGENIO.- Estoy sano, no tengo nada.

ÁNGELA.- ¿Al menos pudiste escribir algo esta noche? Hace mucho que no lo haces.

EUGENIO.- Estuve platicando.

ÁNGELA.- ¿Platicando? ¿Con quién? No escuche nada.

EUGENIO: Vino a verme Martín. Casi se termina mi cognac.

ÁNGELA.- ¿Cuál Martín?

EUGENIO.- Cual va a ser, yo sólo conozco a uno, a Lutero.

ÁNGELA: ¿Martín Lutero? No puede ser.

EUGENIO.- Es un gran platicador, sabe de todo, en especial filosofía y teología.

ÁNGELA.- ¿No estás equivocado de nombre? Lutero murió hace muchos, muchos años.

EUGENIO.- Eres tonta, cómo va a morir si anoche estuvo aquí. ¿ O murió el día de hoy?

ÁNGELA.- Ven, vamos a dormir un poco, los dos lo necesitamos.

EUGENIO.- (*Pierde el control. Grita*) ¡No soy un niño para que me trates de este modo! Si quiero dormir lo haré cuando yo diga y no cuando tú lo mandes. ¿ Está claro? Ya estoy harto de que me estés todo el tiempo vigilando. Me voy a ir de esta casa. Lutero me invitó a vivir con él y lo voy a hacer. También él va a publicar mis libros. Todos han sido muy bien recibidos.

ÁNGELA.- No has terminado ninguno.

EUGENIO.- ¡ Tengo muchos! Lo que pasa es que tú me envidias por mis éxitos. Tú no eres más que una triste cantante que sólo saber hacer gorgoritos. En cambio lo mío...

ÁNGELA.- Está bien, yo no soy nada. Anda, vamos a dormir.

EUGENIO.- ¡Que no me trates como niño, vete de aquí. Yo ya sé lo que voy a hacer, me voy a ir con Lutero, él me prometió regalarme una botella de cognac. ¡Lutero, Lutero! (*Sale*)

ANGELA.- ¡ Pedro Eugenio, espérame. (*Sale*).

Eugenio se lanza contra Ángela. La tira al piso, ella logra ponerse de pie. Eugenio violentamente la saca del escenario. Grita mientras lo hace. Se escuchan gritos y llantos de Ángela.

Oscuro. Se escucha el aria “Parigi, o cara, noi lasceremo” de la Traviata.

Al iluminarse el telón vemos a Alejandra Isabel vestida de luto. Está sentada en el sofá. Espera a Ángela. Entra ésta. Alejandra Isabel se pone de pie y corre a abrazarla. Lloran las dos.

ALEJANDRA ISABEL.- Me hubiera gustado acompañarte en París pero me fue imposible. Me imagino lo que habrás sufrido en ese hospital.

ÁNGELA.- Ya pasó todo.

ALEJANDRA ISABEL.- ¿ Sufrió mucho?

ÁNGELA.- No lo sé. En los momentos en que estaba cuerdo lo único que hacía es llorar, el resto del tiempo gritaba y se golpeaba contra las paredes, eso cuando no lo tenían sujeto.

ALEJANDRA ISABEL.- ¿ Llegaron a algún diagnóstico? Ya ves que aquí no...

ÁNGELA.- Un médico me dijo que padecía esquizofrenia, otro que paranoia, uno más que locura. Esa es la palabra que usó.

ALEJANDRA ISABEL.- Murió joven.

ÁNGELA: Nunca debí casarme con él, mis padres tenían razón. Unos cuantos meses de dicha, forzada y lo demás... Hasta tuve que dejar la ópera para atenderlo.

ALEJANDRA ISABEL.- No te puedo imaginar en ese hospital. Todo lo hiciste sola.

ÁNGELA: Así ha sido mi vida.

ALEJANDRA.- No digas eso. Miles de gentes te admiran, tienes un público enorme que te ama.

ÁNGELA.- ¿ Dónde está ese público, dónde está esa gente que me ama? Me aman unos minutos y ya. El resto del tiempo soy una desconocida. ¿Sabes lo que es pasarte todas las noches en un cuarto sin tener con quién hablar, sin que nadie se preocupe si vives o mueres? ¿De qué me sirven los

aplausos y los vivas si no puedo hablar con nadie, si no tengo a alguien que me haga una caricia o me pregunte cómo pasé la noche?

ALEJANDRA.- Tuviste a Eugenio. Tu padre también te acompañó algunas veces.

ÁNGELA.- Eugenio estaba en cuerpo pero no en alma. Mi padre sólo le interesaban las fechas en que me tenía que presentar, en conseguir las notas de los periódicos, en contar el dinero y guardar mis joyas. Para nada más.

ALEJANDRA ISABEL.- No sabes la pena que me da todo esto que me cuentas. Pero como tú dijiste, ya todo pasó. Ahora a lo tuyo, al canto, al triunfo. Toda Europa te reconoce y te aplaude. Aquí ni se diga.

ÁNGELA.- (*Fría, con dolor*) Sí, volveré al canto.

Oscuro. Se escucha el aria “Tacea la notte placida” del Trovador de Verdi, los primeros momentos en oscuro.

Se ilumina el escenario donde vemos a Ángela que canta el aria durante unos dos o tres minutos frente a una vela. No puede continuar por el llanto. Se interrumpe el aria. Tiene un gran dolor interno. Se puede poner un chal negro en su cabeza durante esta escena.

Nuevo oscuro. En esta ocasión se escuchará no un aria cantada sino alguna partitura operística. Puede ser algo de Beethooven.

Al iluminarse la escena vemos a Ignacio Manuel Altamirano que se muestra muy indignado.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.- No estoy hablando de la voz de esta señora, soy el primero en reconocer que es magnífica, que es la mejor que ha dado México en cientos de años. Siempre la he admirado. Yo, Ignacio Manuel Altamirano, hasta le he compuesto algún poema en su honor. Lo de hoy es inadmisibile y más en el caso de ella que se había manifestado juarista en algunas ocasiones. ¿Cómo pudo tener la desfachatez de aceptar el título de “Cantarina de cámara del Imperio” que le otorgó este ser despreciable llamado Maximiliano, Archiduque de Austria. “Toda la frescura de los laureles que había traído de Europa, se marchitan vergonzosamente, ante la aceptación de este nombramiento de una corte bufa y oprobiosa” . Nuestro presidente es Benito Juárez, nadie más nos va a gobernar aunque sea alguien enviado por Francia o por el país que quiera. México no puede tener dos gobiernos al mismo tiempo, uno de ellos es espurio, falso, impuesto. Juárez es el presidente escogido por el pueblo. Pediré que Ángela Peralta sea nombrada enemiga de la Patria. Todos debemos pedir que sea expulsada. Que regrese a Europa donde tanto le aplauden, donde le obsequian tantas joyas, que la hacen salir treinta y dos veces a dar las gracias, donde cena con príncipes y reyes. Aquí no, aquí la despreciamos. (*Digno sale de escena. Se hace oscuro*)

En el oscuro se escucha “ Bel raggio lusinghier” de Semiramide de G. Rosssini.

Al abrirse el telón vemos a Ángela escribiendo una carta. La lee en voz alta mientras lo hace.

ÁNGELA.- Adorado Julián. Me atrevo a escribirte ya que personalmente no puedo, o más bien no me atrevo, a hablar de ciertas cosas. Creo haberte demostrado mi amor en todas las formas posibles, dedicándote mi canto en

todas las funciones de ópera tanto en México como en Europa, dejando que manejes mi dinero, mis contratos, mis presentaciones. Permitiendo que seas tú el que guarde mis alhajas, mis bienes y sobre todo siendo tuya en cuerpo y alma. Varias veces te he pedido que te cases conmigo y tú me has rechazado. En cambio has pregonado por todo el mundo que tú y yo somos amantes. Sí lo soy, lo reconozco, pero no creo necesario hacerlo público. Eso puede perjudicarme en mi trabajo. Varias de las canciones que he compuesto las han rechazado aunque me aseguran, les gustan. Me regresaron mis galopas, mis danzas, mis vales. Rechazaron las que más me gustan como “Nostalgia”, “Adiós a México”, “Margarita” y “Pensando en ti”. Las rechazan por el hecho de estar contigo. También me han amenazado, pues no es otra cosa, con suspender contratos si no regularizo mi situación. Estoy desesperada. No quiero perderte por nada del mundo pero también me importa mucho mi trabajo y a ti también te debería importar pues de eso vivimos los dos. Te ruego que seas más discreto en tus comentarios. Simplemente di cuando te pregunten la verdad, que eres mi representante y mi apoderado. Eso les debe bastar a los demás. Falta muy poco para regresar a México y emprender la gira en donde tengo puestas todas mis ilusiones. Sé que vamos a triunfar. No dañes la imagen que tienen de mí. Por último recibe todo mi amor, soy y seré tuya para siempre. Ángela.

Oscuro. Se escucha el final de un aria, puede ser alguna de Aída de Verdi. En lugar de aplausos se escuchan abucheos, silbidos, gritos insultantes.

Al iluminarse el escenario vemos a una mujer y a un hombre que forman parte del público de una función de ópera en México. Están furiosos. Gritan al escenario.

HOMBRE.- ¡Fuera, fuera de México!

MUJER.- ¡Aquí somos personas morales!

HOMBRE.- ¡Descarada!

MUJER.- ¡No te queremos. Pecadora!

HOMBRE.- (*Dirigiéndose a la mujer*) Estos tiempos, ya nadie tiene principios.

MUJER.- Dice bien. Ya ve a esta mujer. Ha ganado fortunas gracias a nosotros y ahora nos insulta viviendo en amasiato con su representante. ¿No sabrá que el mal ejemplo cunde sobre todo entre los jóvenes?

HOMBRE.- Menos mal que ya le han suspendido algunos contratos en la República.

MUJER.- Se los deben cancelar en todos lados, principiando por la capital. La prensa deberá tomar parte y acusarla de pervertidora.

HOMBRE.- Bastante grave fue haberse casado con un primo hermano, eso fue un incesto. Y ahora regresa como amante de un hombre. Nada extraño sería que éste sea casado.

MUJER.- Creen que por poseer una bella voz ya tienen derecho a hacer lo que se les antoje. Pero no lo vamos a permitir.

HOMBRE.- Y la tonta, pues eso es, no se da cuenta que el hombre ése anda con ella solamente por su dinero. ¿No se verá al espejo? Ningún hombre puede desearla. Pero el dinero...

MUJER.- El dinero mueve hoy al mundo...y también el sexo. ¡Qué horror!

HOMBRE Y MUJER.- (*Gritando nuevamente al escenario*) ¡Fuera, fuera, fuera!

Se hace oscuro. Se escucha alguna aria de Carmen, de Bizet.

Al iluminarse el escenario vemos a Ángela que guarda sombreros en cajas apropiadas. Lo hace de mal humor. Entra Julián, el amante. Sonríe sarcásticamente al verla empacar.

JULIÁN.- Bien se ve que lo que se aprende de niña no se olvida. Te gusta ser sirvienta.

ÁNGELA.- Tienes razón, nada se olvida.

JULIÁN.- Para eso tenemos criados. ¿Dónde está Natalia? ¿ Por qué no te está ayudando?

ÁNGELA: Ella hizo los baúles. Ya se los llevaron.

JULIÁN: En tres días tienes función en París, después seguimos a Niza, a Florencia, a Milán, a Roma, a...

ÁNGELA.- No tienes que estarme presionando. ¿Acaso alguna vez he dejado de hacer lo que me corresponde?

JULIÁN.- En la maldita gira de México perdimos mucho dinero, demasiado.

ÁNGELA.- Te había pedido discreción sobre nuestra relación. Ya viste como reaccionó el público. Faltó sólo que me aventaran cosas durante las funciones.

JULIÁN.- Ahora resulta que yo soy el culpable de todo.

ÁNGELA.- Por favor no te enojas, ya bastante he sufrido con lo que sucedió, y no por el dinero, eso no me importa.

JULIÁN.- A mí sí.

ÁNGELA.- Déjame terminar. Sufrí por el rechazo de mi público, el público que más me interesa, el de mi país.

JULIÁN.- Olvídalos, son una bola de indios impreparados. Aquí es diferente, volviste a triunfar. Aquí sí saben apreciar lo que tiene valor.

ÁNGELA.- Tengo que volver a México. Llevaré una gran compañía. Voy a dar funciones en toda la República para que me escuche el pueblo.

JULIÁN.- Y perder otra vez todo.

ÁNGELA.- Yo lo he ganado y puedo hacer con él lo que quiera.

JULIÁN.- Muy bien, por lo visto sigo sobrando. Mis consejos se pierden ante tu terquedad. De hoy en adelante ráscate con tus uñas, las mías no están hechas para rascar rocas, las tuyas sí. Voy a buscar a otra cantante menos veleidosa que tú. Que te sea provechoso.

ÁNGELA.- Perdón Julián. No me hagas caso. Te prometo seguir tus indicaciones. Todo fue por el dolor de lo que pasó.

JULIÁN.- Me quedaré contigo con una condición. Si no es así mañana mismo me marcho.

ÁNGELA.- Te acabo de decir que seguiré tus indicaciones.

JULIÁN.- La condición es que pongas todo a mi nombre. Tú no sabes administrar nada. Lo de México fue un capricho tuyo.

ÁNGELA.- Ven, dame un abrazo y dime que me perdonas. Sabes que sin ti me moriría.

JULIÁN.- (*Retirándose*) Mañana hablaremos, estoy cansado. Y deja de empacar. Ya no eres una sirvienta.

Julián se retira. Ángela queda paralizada. Termina por llorar. Arroja los sombreros al piso. Se sienta a llorar nuevamente.

Oscuro. Se escucha alguna aria de Hamlet.

Al iluminarse el escenario vemos a Alejandra Isabel que modela un vestido frente a Ángela. Esta sonrío al verla.

ALEJANDRA ISABEL.- ¿No está divino? Me gasté todo lo que me quedaba, no sé cómo voy a regresar a México. Pero un gusto se tiene que dar uno en la vida cueste lo que cueste. Para ti un vestido más o menos ha de ser algo de rutina, en cambio a mí...

ÁNGELA.- Te ves preciosa.

ALEJANDRA ISABEL.- ¿De verdad?

ÁNGELA.- Yo nunca miento.

ALEJANDRA ISABEL.- Tú crees que aquí en Viena podré conseguirme un príncipe, o un duque, o un conde, o de perdida un mosquetero o lo que sea. Pero que esté guapo.

ÁNGELA.- Vestida así vas a conquistar a más de uno.

ALEJANDRA ISABEL.- Tú también debes cambiar de vestuario. Tienes mucho pero todo se parece: vestidos negros o grises, cuando mucho alguno café. Usa colores, algo que llame la atención.

ÁNGELA.- Me puedes decir para que tengo que llamar la atención.

ALEJANDRA ISABEL.- Para buscar a otro hombre. No sé cómo puedes seguir con Julián. Y ya sé que estoy siendo indiscreta pero yo soy así.

ÁNGELA.- Sigo porque lo amo.

ALEJANDRA ISABEL.- Pero él no te ama. Y perdona que lo diga. Sé que sale con otras mujeres. El sólo te utiliza.

ÁNGELA.- Ya te dije que lo amo. Que con eso te baste.

ALEJANDRA ISABEL.- Te va a quitar todo tu dinero, lo que tienes.

ÁNGELA.- Te voy a pedir que cambies de tema. No voy a decir una sola palabra más de esto. ¿Te queda claro?

ALEJANDRA ISABEL.- Más que claro. Sigamos hablando de trapos.

ÁNGELA.- Ese tema tampoco me interesa.

ALEJANDRA ISABEL.- Me la pones fácil. ¿De qué vamos a hablar?

ÁNGELA.- Háblame de México. ¿Qué ha sucedido con el presidente Juárez?

ALEJANDRA ISABEL.- Ya sé de qué hablar. Me contaron que tuviste una disputa con Adelina Patti. ¿Es cierto?

ÁNGELA.- No fue una disputa propiamente. Las dos cantamos, a las dos nos aplaudieron mucho. Adelina en un arranque cantó un encore y dijo : “Así se canta en Italia”

ALEJANDRA ISABEL.- ¿Tú qué hiciste?

ÁNGELA.- Nada, bueno, sí, yo canté otro encore y dije: “Así se canta en la gloria” (*Ríe*) Ese día me aplaudieron más a mí. (*Ahora las dos ríen*)

Se hace oscuro. Se escucha un aria de alguna ópera de Mozart.

Al iluminarse el escenario vemos a Ángela frente a un libro tipo de contabilidad. De pie está Julián Montiel y Duarte, su amante y representante.

ÁNGELA.- El día 27 noviembre de 1882 tenemos función en el teatro Del Progreso en Monterrey, después seguimos a Saltillo y Durango. Pero el punto más importante será Mazatlán. Ahí estaremos en agosto del año entrante. Estoy feliz. Al fin recobré mi patria. Ahora en lugar de gritos he recogido aplausos, vivas, regalos y sobre todo reconocimiento. ¿Te has fijado que mucho del público es joven?

JULIÁN.- Lo que he visto que no en todos lados te quieren pagar lo que vales. No sé porque aceptaste plazas que no tienen nada, ni siquiera un hotel decente para alojarnos. Qué diferencia con Europa, allá sí saben atender.

ÁNGELA.- No te hagas mala sangre, disfruta del placer de la gente que acude, quizás por primera vez en su vida, a la ópera. Para esto vine a México, para que me escuchen los que nunca habían tenido la oportunidad de hacerlo.

JULIÁN.- Pensar que todavía falta casi un año de la gira. Es como para volverse loco.

ÁNGELA.- Tienes razón, yo me estoy volviendo loca, pero loca de alegría. En cuantos lugares no han detenido mi carruaje para desenganchar los caballos y después llevarme jalándolo entre todos al centro de la población. Eso vale más que todo el oro del mundo.

JULIÁN.- Reconozco que en Zacatecas sí supieron corresponder a nuestro esfuerzo. Claro, pocas veces habrán visto una compañía de cerca de cien personas entre músicos, cantantes, bailarines y demás como la nuestra. Muchos de ellos famosos.

ÁNGELA.- Fue un exceso el regalo que me dieron ahí. Nunca me habían obsequiado algo tan grande: un águila de oro sobre un pedestal de plata que tuvo que ser cargado por cuatro personas.

JULIÁN.- Bastante latoso para llevarlo, pero en fin...sí valía mucho.

ÁNGELA.- A ti nada te da gusto, nunca estás conforme con nada. Menos con mi amor.

JULIÁN.- ¿ Ya vas a empezar de nuevo con eso? Mejor sigue escribiendo. Yo voy a dar una vuelta a la calle. Hace calor en este lugar.

ÁNGELA.- Julián...(*Julián sin contestar sale. Ángela vuelve a su libro. Ya está acostumbrada a los desplantes del hombre*)

Oscuro. Se escucha el aria “Addio al passato” de La Traviata de Verdi.

Al iluminarse el escenario vemos a Ángela moribunda sentada en un sillón, tiene unos almohadones en la espalda. Frente a ella está Julián y una juez.

JUEZ.- La señora está muy delicada, puedo regresar mañana o cuando esté mejor.

JULIÁN.- No estará mejor nunca. ¿ O no ha visto los cientos de gentes que han muerto de la fiebre amarilla aquí en Mazatlán? Eso tiene ella. Le queda poco de vida. De nuestra compañía ya murieron setenta y cuatro de los

ochenta que la forman. Los cinco o seis que sobrevivimos no sé a que se deba. Juventino Rosas estuvo muy cerca de Ángela y se ha salvado. Lo mismo yo.

JUEZ.- Veo que la señora no está en condiciones de contestar y menos de entender lo que se le diga.

JULIÁN.- Usted proceda a casarnos. Necesito el acta de matrimonio para asegurar que los bienes no se pierdan.

JUEZ.- ¿Cómo puedo hacerlo en estas condiciones? La señora está inconciente.

JULIÁN.- Le digo que proceda. Se le pagará el doble de lo que acostumbre cobrar, o el triple. Pero hágalo ya.

JUEZ.- Usted ordena.

JULIÁN.- (*Se coloca al lado de Ángela, le toma la mano que está desmayada igual que todo el cuerpo*) Estamos listos.

JUEZ.- Señor Julián Montiel y Duarte, ¿acepta a la señora Ángela Peralta como su esposa?

JULIÁN.- Sí acepto.

JUEZ.- (*Muy nerviosa al ver la inmovilidad de Ángela*) Señora Ángela Peralta, ¿acepta usted al señor Julián Montiel y Duarte como su esposo?

JULIÁN.- ¡Ángela, contesta!

JUEZ.- No puede, creo que ya hasta se murió. ¡Dios mío!

JULIÁN.- ¡Vuelva a preguntar!

JUEZ.- Señora Ángela Peralta, ¿acepta usted al señor Julián Montiel y Duarte como su esposo?

Julián suelta la mano que cae inerte. Toma la cabeza de Ángela y con movimientos bruscos la mueve de arriba abajo.

JULIÁN.- Ya dijo que sí. Ya estamos casados. Gracias su señoría.

JUEZ.- Pero...

Se hace oscuro. En lugar de aria de ópera se escuchará algún réquiem, puede ser el de Verdi.

Al iluminarse el telón aparece el marco vacío. Alejandra Isabel habla con un periodista.

PERIODISTA.- La señora Ángela Peralta tenía muchas joyas, regaladas por sus admiradores, por príncipes, por reyes. ¿Se conservan todas? Sería muy justo que aparezcan en algún museo dedicado a esta mujer que puso el nombre de México por todo lo alto en muchas partes del mundo.

ALEJANDRA ISABEL.- Después de su muerte todo desapareció, sus joyas, sus pinturas, sus marfiles. Todo.

PERIODISTA.- También tenía bienes, dinero...

ALEJANDRA ISABEL.- Todo pasó a manos de su marido. Me imagino que usted y su periódico saben que se casó en artículo mortis.

PERIODISTA.- Debe haber sido un gran amor. Él no pudo dejarla y decidió casarse con ella al último momento. Es algo muy romántico.

ALEJANDRA ISABEL.- Después del matrimonio se fue y la dejó morir sola. No la acompañó al panteón y no fue ni para mandar un triste ramo de flores. Ahora disfruta de la riqueza que heredó. ¡Maldito sea!

PERIODISTA.- ¿Usted piensa que el pueblo de México recordará a esta cantante? ¿Qué van a hacer para que no se pierda su recuerdo?

ALEJANDRA ISABEL.- Ángela Peralta con su muerte nació a la inmortalidad. Tendrá teatros que lleven su nombre, todas las cantantes querrán parecerse a ella. Ángela Peralta ya es parte de México para siempre.

Se hace el último oscuro. Se empieza a escuchar el aria “Casta Diva” de Norma de Bellini. Al iluminarse el escenario ya no existe ningún mueble ni el marco. Al centro del escenario estará de pie Ángela Peralta. Tiene luz cenital sobre ella y diversas luces que la hagan parecer como una estatua colosal. Se escuchará el aria hasta su final. Lentamente se irá cerrando el telón.

FIN

RESUMEN: La vida de la gran cantante mexicana que brilló en Europa y en América siendo llamada El Ruiseñor Mexicano. Ella se enfrentó a su físico ya que no era agraciada y por esto fue rechazada por los hombres y muchos empresarios. Su deseo de ser amada la enfrentó a dos hombres, uno

loco y el otro ambicioso. Fue criticada en su momento por tener relaciones con un hombre casado. Muere en Mazatlán de la Fiebre Amarilla.